

esos dioses, sobre esos génius, sobre todas esas formas de la vida está la sustancia impalpable, ethérea de mi vida, que todo lo llena, desde las profundidades del cielo hasta las profundidades del mar. Vichnú hace brotar la hoja, Shiva la seca, yo soy la sávia. Vichnú ilumina el astro, y Shiva lo cubre de sombras; yo soy el éther de que se ha formado la luz, y el vapor y el agua de que se han formado las nieblas. Vichnú rompe el huevo donde está empollada el ave, y Shiva envenena el dardo que en los aires hiere al ave; yo soy la yema del huevo y el jugo del veneno. Vichnú y Shiva luchan, se despedazan, quieren tener el dominio de todos los séres, cogen la vida humana el uno por la cuna, el otro por la sepultura; pero yo tomo los dos extremos, los uno, y formando de ellos, como la serpiente que se muerde la cola, el círculo de la ley de todas las cosas, coronó mis sienes con la vida y con la muerte, y me llamo la esencia, el sér.

EL BRAHAMAN.

Dime, ¿y cómo han nacido los hombres?

BRAHAMA.

Mi boca es más olorosa que la flor en la prima-

vera, y más rica que la primera fuente de que nace el Ganges, y más dulce que la miel guardada en el cáliz de los jazmines, y más alimenticia que las tetas de las vacas del Himalaya, y de color más bello que el sonrosado reflejo de la aurora en el cielo, y sus palabras más fecundantes que todas las semillas que el Sér-esencia sembró en lo infinito para que produjeran todas las cosas en el día sagrado del florecimiento de la vida universal. Y de una palabra escapada de mis labios nacieron los brahamanes, los predilectos de mi gloria, los ungidos con el óleo de la vida celeste, los destinados á guardar los libros santos, los mediadores entre mi sér y el sér de la naturaleza, los que han de conservar mis secretos, los que están formados de un espíritu más puro que la primer brisa del primer día del mar, los que tienen un cuerpo hecho de la sustancia más santa de la tierra, los sacerdotes, en fin, elegidos para mandar á los demás hombres, como el pastor ha sido destinado á mandar el ganado. Y vosotros debéis dominar las conciencias, dispensar la vida y la muerte, atar á vuestro carro á todos los hombres, poner vuestras plantas sobre sus espaldas, hollar sus almas, vivir de su trabajo, arrancarles sus hijos si es preciso, velar la verdad á sus ojos, ser

en fin, sus dueños, sus señores, sus sacerdotes; porque vosotros habeis nacido de mi palabra, como la mariposa nace del cáliz mismo de las flores, y debeis, de mí suspendidos, libar la miel de mi vida y respirar el aliento de mi palabra.

LOS BRAHAMANES.

Sí, nosotros somos los elegidos de Brahama, nosotros los herederos de todos sus tesoros, nosotros su glorificacion en la tierra. Hemos sido tocados por el dedo de Brahama en la frente, y Brahama nos ha señalado para leer sus sacratísimos libros, sus sublimes dogmas. Todo cuanto Brahama ha exigido de nosotros, todo lo hemos hecho. Despues de salir el sol hemos sacrificado á su grandeza en el lugar sagrado donde se cria la gacela negra. Nuestras madres, al darnos á luz, perfumaron nuestros lábios con miel y manteca, guardadas en vaso de oro. En día propicio de una nueva fase de la luna nos dieron un nombre armonioso y de una gran cadencia, para que fuera agradable al oido de Brahama y fácil á sus lábios. Vistiéronnos de blanco lino, y colgaron de nuestros hombros doradas pieles de ciervo. Regaláronnos los bastones que llegaban hasta la frente, y que servian de apoyo á nuestras vacilantes fuer-

zas y de guia á nuestros primeros pasos. Dimos vueltas alrededor del fuego sagrado, como el sol en torno de la tierra. Comemos siempre con la cara vuelta hácia el Oriente, para prolongar nuestra vida y poder así cantar mejor tus alabanzas. Todos los días, á todas horas hemos hecho las abluciones necesarias para purificar nuestro cuerpo, y de rodillas sobre el césped hemos pronunciado la silaba divina que es el resumen de tu ciencia. Nuestra oracion ha durado tanto, que hemos visto muchas veces dormirse el sol y despertar las estrellas, dormir las estrellas y despertar el sol. Ayunos, para mejor comprenderlo, hemos leído desde la primera hasta la última palabra el libro de los Vedas. Y por seguir sus consejos hemos abandonado todos los placeres, el lecho del amor, el oro del avariento, el palacio del poderoso, el festin del gloton, y nos hemos entregado á leer y á meditar tu incomunicable palabra, que explica todo el Universo, y que penetra, como el rayo del sol los aires, todo nuestro sér, toda nuestra naturaleza. Y despues, alejándonos de los hombres inferiores á nosotros, hemos tomado nuestra calabaza, nuestro plato de madera, nuestra cesta de bambú, y nos hemos ido al interior de los bosques á ofrecer los sacrificios que debe-

mos cuando la luna llena se mece en el cielo y en el fondo del lago, ó viene el solsticio de verano y el de invierno, ó brota el tallo del naciente trigo; y allí no hemos comido sustancia alguna animal por no devorar un fragmento de Brahama, sino las frutas secas que se caen de los árboles; y no hemos andado por no matar los insectos que hay en el polvo; y apenas respiramos lo necesario para la vida por no sorber los séres que hay en el aire. Siempre macerados, en la estacion de las lluvias recibimos en nuestras carnes los torrentes que se desgajan del cielo, y en el estío sufrimos en nuestra frente los dardos del sol, y en el invierno gustosos nos envolvemos allá en los altos picos entre los montes de nieve; porque deseamos dejar esta piel que nos cubre, esta vida que nos ahoga, este mundo de un día que pasa por el espacio como una sombra, esta vestidura de carne que es polvo, para beber el alma universal, y bañarnos en la vida celeste, y sumergirnos en el sér de que fueron hechas todas las cosas, identificándonos por nuestras virtudes con el divino Brahama.

BRAHAMA.

Pues aun hay más hombres en la tierra, pero

hombres inferiores á vosotros; hombres que han nacido de un esfuerzo de mi naturaleza, hombres que produje al retorcer en un gran trabajo mis brazos, hombres nacidos para la lucha, para la guerra.

LOS GUERREROS.

Nosotros hemos salido de los brazos de Brahama, y somos el asiento de su obra. Cuando el sacerdote y el hermitaño nos señalen un punto de la tierra donde haya enemigos de nuestro Dios, iremos á llevarles la muerte en nuestras flechas. Montaremos los grandes elefantes, y tomando la forma del rayo que cae de las nubes, hendiremos las haces enemigas, quemándoles hasta el corazón, hasta la sangre. No habrá quien pueda resistirnos, como no hay en los espesos bosques fuerte encina que pueda resistir la nube en cuyas entrañas arde el fuego. Nuestros dardos sedientos se pegarán á las venas de nuestros enemigos, y no se caerán hasta que se hallen ébrios de sangre. Volarán nuestras flechas por los aires como serpientes aladas, y sus mordeduras serán tan mortales como las mordeduras de la víbora. Y el nombre de Brahama será repetido en medio de la guerra, como es por el trueno repetido entre los

grandes sacudimientos de la horrible tempestad. Y nuestro arco será tan reluciente como el disco del sol, y nuestra cuerda tan hermosa como el rayo de la luz. Y á pesar de nuestro furor, no heriremos ni al anciano, ni al niño, ni á la mujer, ni al enemigo desarmado, ni al que pida misericordia de rodillas, ni al que huya; porque somos como la nube, que si va arrojando rayos que abrasan los bosques, tambien llueve abundantes aguas que empapan la tierra y la preparan para dar vida á la semilla. Pero nosotros, séres inferiores, nos someteremos siempre á lo que quiera el sacerdote, cuyo pensamiento es el pensamiento de Brahma, cuya palabra es la luz del cielo, cuya vida es como la olorosa goma que destila el árbol en que se recuesta Indra, y á cuya sombra duermen todos los inmortales, que han hecho los brahmanes de átomos de sus mismos cuerpos.

BRAHAMA.

Pues aún hay más hombres en la tierra, pero inferiores á vosotros, brahmanes, que sois mi pensamiento, y á vosotros, satrias, que sois mi fuerza. Y esos hombres serán mi trabajo. Un dia que andaba sobre los espacios, al moverme se desprendieron con gran estruendo de mis muslos

sobre la tierra. Ellos son inferiores á vosotros, brahmanes, que sois hijos de mi cabeza, y á vosotros, guerreros, que sois hijos de mis brazos.

LOS VASIAS.

Nosotros somos los comerciantes y los agricultores en tus dilatados dominios, ¡oh Brahma! Nosotros bajamos á recoger las perlas guardadas en el fondo del mar, y subimos á recoger las flores que se mecen sobre la cima del Himalaya. Nosotros sacamos con el sudor de nuestro rostro el hierro que el guerrero usa en el campo de batalla, y recogemos la miel que liba la abeja y deposita en sus blancos y nevados panales. Trabajaremos, trabajaremos para tu gloria y para la gloria de tus brahmanes. Tejeremos el lino para sus túnicas; recogeremos la gacela negra que se haya muerto en el bosque, para darles un manto; iremos á Golconda á buscar el oro para sus brazaletes y la esmeralda para sus resplandecientes aras; atravesaremos el desierto para arrancar las gomas olorosas de sus árboles solitarios y perfumar el aire que respiren; trabajaremos para sustentarlos, porque nada hay tan propicio á Dios como el alimento dado al brahman, al sacerdote; y cuando le veamos venir á nuestra presen-

cia, cerraremos los ojos para que su resplandor no nos ofusque, y nos arrojaremos en el polvo, llamándole á que pise con sus plantas nuestra cabeza, escabel de su poder y de su majestad, que puede llegar hasta eclipsar con su divino resplandor la claridad y los arreboles de los hermosos cielos.

BRAHAMA.

Aún hay otros séres que han nacido de mis plantas, última degeneracion de mi sér, último límite de mi vida; séres nacidos para llevar sobre sus espaldas todo el peso de la sociedad; trabajadores, que sólo sirven para la fatiga y para empapar con sus lágrimas y con su sudor la tierra. Esos son en la naturaleza como la pezuña en el elefante, como la garra en el águila, como la espada en el guerrero, como los dedos en el mono; son la planta de los piés de la sociedad, y han nacido para la servidumbre.

LOS SUDRAS.

No nos atrevemos á hablar, porque no podemos pronunciar el nombre incommunicable que repiten las aves en sus cánticos y las fieras en sus ahullidos; nombre que profanaríamos con nues-

tros impuros lábios. Haced, señores de la tierra, lo que bien os plazca de nosotros. Vuestra voluntad arrastra nuestras acciones, como el huracan la caña de bambú, que arranca con sus ráfagas á la tierra. Delante de vosotros somos como el insecto que pisa el tardo elefante, como el animalillo que vive en el polvo de la tierra. No nos maldigais, y de rodillas os seguiremos hasta el fin de la tierra.

EL BRAHAMAN.

¿Y no hay más razas?

BRAHAMA.

Allá en el fondo de las cavernas hay un sér que no me atrevo á nombrar, y que ha nacido de los átomos de tierra que mis pisadas levantan; hijo de la noche, eternamente maldito.

ORIEL.

Pária, pária me llaman todos espantados, y huyen, sí, huyen de mí que los amo tanto. Hasta la naturaleza dicen que me tiene horror. Si paso cerca de una cabaña, los mastines salen y me muerden los piés. Si encuentro un pequeño y quiero besar sus sonrosadas mejillas, huye de mí lloran-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO

do. Si me detengo un instante á preguntar á una jóven la senda, el camino, me maldice y cierra los ojos para no mirarme. Si me acerco á las puertas de un templo, se suspende el sacrificio, y se dispersan los sacerdotes, y caen al suelo las ofrendas. Cuando paso á orillas de un rio y veo el agua trasparente que refleja el cielo y la luz, no quiero mirarme, no sea que me horrorice y tenga que huir de mí mismo, como huyen todos los hombres, todos los séres de la tierra. ¿Si envenenaré con mi aliento los aires? ¿Si será mi sombra ponzoñosa como esos árboles que matan al viajero que les pide un refugio? Por todas partes maldiciones, por todas partes ahullidos humanos contra mí, mucho más espantosos que los ahullidos de las fieras. ¿Para qué quiero vivir? Yo, que amo tanto, no tengo un amigo. Mis lágrimas caen sobre la tierra, y se pierden, y no fecundan ningun corazon, como la lluvia en los arenales del desierto. Nadie vela mi sueño, nadie me sonríe al despertar, nadie me acompaña, nadie llora conmigo; todos me desprecian, y ni siquiera encuentro quien me arranque el peso de esta vida. ¡Ay! ¡ay! Si al ménos tuviera un hogar, como tiene sus madrigueras el tigre, su nido el buho, su agujero la víbora, no podria quejarme de esta tierra despiada-

da, que me arroja de sí, negándome lo que concede á las fieras... Al ménos, una madre, sí, una madre como la tiene el polluelo cuando las plumas no han vestido su cuerpo. En su corazon, en su sonrisa, en el calor de sus sentimientos encontraría un poco de vida; porque lo que hoy veo, lo que hoy siento, es la muerte, sí, la muerte en todo su espanto, en toda su terrible realidad. Una familia compensaría este dolor inmenso. Las gullas pasan sobre mi frente componiendo una bandada. Las golondrinas cruzan unidas los mares. Los elefantes huellan de dos en dos la tierra. Y yo aqui solo, yo, sin tener un hermano, ni una familia, ni un sér que me ame. Vosotros, los que llamais á las puertas de vuestras casas y veis salir una mujer que os aguardaba impaciente, un niño que os llama padre, ved mi soledad, y apiadaos de mí, si es que teneis corazon. Y yo nada sé de ayer, nada adivino de mañana. Veo á los hombres presentarse ante sus dioses, y les pido sus creencias y les digo que necesito orar, y me arrojan de sí y me condenan á este eterno silencio. Tampoco tengo religion, tampoco una esperanza más allá de la muerte. Habladme del cielo. Decidme qué hay detrás de ese horizonte, más allá de esos astros. Yo, que solo veo en el bosque ví-

boras, y en la tierra espinas, y en las frutas veneno, y en las montañas volcanes, y en el mar tempestades, y en el corazon de los hombres ódio, yo necesito creer que allá en el cielo hay una fuente de misericordia y de justicia. ¡Oh! ¡Cuántas veces me he arrastrado á los piés de los brahamanes, de esos sacerdotes á quienes proclaman llenos de virtudes, y por no contaminarlos con mi maldita palabra, les he pedido por señas un Dios, sí, un Dios á quien adorar, á quien confiar mis penas, y me han contestado con una maldicion! Aves, tenéis más instinto que yo; fieras, sois más felices que yo; piedras que piso, os envidio. Yo no tengo más compañero que esta soledad negra é inmensa como un abismo. No vengas, aire, á secar mis lágrimas. No quieras distraerme con tus cánticos, ruiseñor que pendes de las ramas de la enredadera. No me enveneneis, palmeras que dejais caer á mis piés vuestro fruto, porque envenarme es sostenerme, alimentarme en esta vida que detesto. Oigo rumor de gente. Huiré, huiré á las selvas. Me asusto de mi propia sombra. ¡Oh! ¡Si pudiera huir de mí mismo, sí, de mí, que soy como un eterno borron de la naturaleza! Ven, dulce y tranquilo sueño, único amigo de mi dolor y consuelo único de mis penas, ven, y envuélveme en

tus sombras, y sumérgeme en tu olvido, y quítame la luz que ilumina este odioso mundo, y el pensamiento que ilumina esta oscura conciencia; ven, y si puedes ser eterno, derramarás sobre mí una felicidad incomparable, ya que el árbol, el insecto, la piedra fria son más libres que yo en este mundo; ven, y estiéndete por mis miembros fatigados, y cierra mis ojos que saltan de las órbitas, y sefresca un poco al ménos con el aliento de la noche mi cerebro que se abrasa; pero no consientas nunca, nunca, cuando me haya dormido, que sueñe con mi horrible miseria, con mi degradacion, con mi soledad, porque entonces ni en el sueño hay para mis penas consuelo, para mis males olvido, que buscaria, si pudiese, hasta en brazos de la pálida muerte.

EL BRAHAMAN.

No oigas, Señor, el lamento de ese desgraciado que pasa, no lo oigas. El que arranca la hoja de un árbol será maldito, porque causa un dolor á una criatura; el que despoja de su cáliz á la flor será maldito, porque acaso de allí podria nacer una semilla que adornara con nuevas flores la tierra y aumentara los encantos de la vida; el que hiere á un lobo, á un leon, será maldito, porque

el lobo y el leon vienen á ser el alma de las selvas, la voz de los bosques, y sus fuerzas necesarias á toda la creacion; el que anda por la tierra y pisa un hormiguero, un nido de insectos, será maldito, porque en el bullir de esos animalejos hay tambien vida divina; el que disipa una gota de agua donde se mueven mil séres casi invisibles, será maldito, porque disipa una parte, aunque infima, del gran todo; el que maltrata cualquier forma de la naturaleza será maldito, porque la resina que sale del pino y del sándalo, el oscuro grano que deja caer la flor de la pimienta, la miel que destilan las plantas, el agua que brota de las peñas, la gota de rocío que amanece pegada á las hojas, son corrientes de la sangre de Brahama, que se vierten de sus venas heridas y entreabiertas; pero el que desprecia al pária, el que le escupe, el que le golpea, el que le hiere, será bendito, porque un pária es la eterna maldicion, el hijo de la noche, la escrescencia de la naturaleza, el límite de la vida, el mal, el enemigo de Brahama.

ORIEL (*pasando*).

Todos me maldicen. Mi crimen es no haber nacido en este país, á la sombra de un sándalo, en

la cabaña de un brahama. Entonces me rociarían con leche de vacas, me darian á beber miel destilada de los jazmines y de las rosas, me untarian los lábios y la frente con manteca, y llevándome en brazos al pié del ara perfumada por los lirios de los valles, me ofrecerian á los dioses, ciñéndome el cordon sagrado, signo de la vida.

BRAHAMA.

Para tí no hay esperanza, para tí no hay salud. El crimen más grande que puede cometerse en la tierra es mezclar una raza con otra raza, una casta con otra casta, una gente con otra gente. Así como en la tierra que está ocupada por las raíces de la palmera no puede, no, brotar el plátano, en la mujer donde brota un brahama no puede brotar un vasia. Si levantaiis una palma en las nieves, moriria de frio, como si levantaiis un pino en el hondo valle moriria de calor; y si mezclais al que ha nacido de mis lábios con el que ha nacido de mis piés, tendreis un horrible mónstruo. Más le valiera haber nacido insecto, mosca producida por la corrupcion de un cadáver, ó cerdo sumido en la inmundicia. El que nace del contacto, de la mezcla sacrilega de las razas, y así turba la ley de mi vida, será maldito,

su sombra producirá la muerte; y encorvado bajo el peso de su desgracia, pasará su vida, ó cantando para distraer su dolor, ó tañendo una campana para llamar á los fieles á una oracion de cuya virtud no participará; ya ocupado en partir las aguas con el pesado remo, ó en arrastrar las llaves de los hondos calabozos donde gime el criminal, ó en matar al que mi justicia condene á muerte; siempre alejado de la sociedad y de las ciudades, viviendo á la sombra de los grandes árboles, cerca del quemadero de los difuntos, para que se acuerden que son como sombras y vapores de la nada, pues la semilla que se arroja en la arena ó en la piedra, nunca, nunca producirá fruto.

EL BRAHAMAN.

Viviré meditando tu ley y haciéndola cumplir á los hombres.

EL SATRIA.

Viviré peleando con tus enemigos.

EL VASIA.

Viviré cambiando lana por ámbar, púrpura por oro.

EL SUDRA.

Viviré empapando la tierra con el sudor de mi frente.

ORIEL (*alejado de todos*).

¡Ay!... ¡ay!... viviré muriendo... ¡ay! ¡ay ¡ay!